

## CAPÍTULO XIX

**En que se ve de qué manera hizo San Gennaro su milagro**

Ya hemos visto el efecto que produjo en Nápoles el anuncio para el día siguiente del milagro de San Gennaro.

Championnet jugaba el todo por el todo. Si no se hacía el milagro, había que sofocar una nueva sedición; pero si se efectuaba, la tranquilidad quedaba restablecida, y, por consiguiente, fundada la república partenópea.

Desde el amanecer, una inmensa afluencia de gente llenaba las inmediaciones de la catedral de Santa Clara. Los parientes de San Gennaro, los descendientes de aquella vieja á quien encontró el ciego en el foro de Vulcano recogiendo en redomas la sangre del mártir, se habían acomodado en el coro, no para activar el milagro, según tenían de costumbre, sino para hacer lo posible por impedir

su realización. La catedral estaba ya completamente llena y la muchedumbre que no podía contener el templo, empezaba á obstruir la calle.

El volteo de las campanas no había cesado en toda la noche. Tal era el repique y tal la independencia con que sonaban, que no parecía sino que un temblor de tierra no interrumpido las ponía en movimiento.

Championnet había dado orden de que no tuvieran ni un instante de reposo. Era menester que, no sólo Nápoles, sino todas las quintas, aldeas y pueblos circunvecinos supiesen que el santo patrono de la capital iba á hacer su milagro.

Así es que, apenas fué de día, las calles de Nápoles parecían canales que llevaban su caudal á un centro común. Toda aquella muchedumbre de lazzaroni, de mujeres y de muchachos, se dirigía al arzobispado para tomar sitio en la procesión que á las siete de la mañana debía salir de aquel edificio y ponerse en marcha hacia la catedral.

Al mismo tiempo, entraban por las diferentes puertas de la población los pescadores de Castellamare y de Sorrento, los coraleros de Torre-del-Greco, los vendedores de macarroni de Pórtici, los jardineros de Puzzolo y de Bahía, y, por último, las mujeres de Ischia, de Acera y de Maddalone,

engalanadas con sus más lujosos atavíos. Por medio de aquella abigarrada y ruidosa muchedumbre atravesaba de cuando en cuando alguna vieja de cabellos grises y desmelenados, semejante á la sibila de Cumas, gritando y gesticulando con más energía que los demás y abriéndose camino á fuerza de codazos por medio de aquella multitud que la miraba con respeto y veneración. Era alguna parienta de San Gennaro que temía llegar tarde á la ceremonia y se apresuraba á unirse con sus compañeras, á fin de ocupar en la procesión y en el coro el sitio que de derecho le pertenecía.

En tiempos normales, cuando el milagro tiene lugar en fechas determinadas, la procesión echa un día en ir desde el arzobispado á la catedral; tan llenas de gente se hallan las calles, que necesita catorce ó quince horas para recorrer un trayecto de medio kilómetro.

Pero aquella vez no se trataba de detenerse, á las puertas de los cafés y de las tabernás, no se trataba de avanzar tres pasos y de retroceder uno, como los peregrinos que cumplen un voto. Una doble hilera de soldados republicanos se extendía desde el arzobispado á Santa Clara, con orden de mantener franco el paso, disolviendo los grupos y desembarazando á la procesión de cuantos obstá-

culos pudiese hallar en su camino. Sin embargo la tropa tenía la bayoneta á la cintura en lugar de tenerla calada, y ostentaba en el cañón de sus fusiles pequeños ramilletes de flores.

Á las siete en punto, Salvato y su compañía, esto es, la guardia de honor de San Gennaro, en medio de la cual se veía á Miguel con su lujoso uniforme y un estandarte en la mano en el que había escrito con letras de oro: ¡GLORIA Á SAN GENNARO! salió del arzobispado en dirección al templo.

En aquella ceremonia puramente militar no se notaba esa extraña inteligencia que forma el carácter distintivo de las procesiones de San Gennaro.

Ordinariamente, cuando la procesión sale abandonada á sí misma, se para á cada instante, sin que nadie sepa el motivo que la obliga á detenerse, y se pone en marcha, sin que pueda adivinarse la causa que la devuelve el movimiento. Entonces se veían brillar entre las oleadas de la muchedumbre los uniformes de los oficiales napolitanos, cubiertos de oro, de cordones y de cruces, de aquellos oficiales que marchaban con un cirio en la mano, seguidos de tres ó cuatro lazzaroni que se empujaban unos á otros y se daban de cachetes por recoger en un cucurucho de papel gris las lágrimas que lloraban sus cirios, mientras que ellos, con la cabeza erguida,

sin fijar la atención en lo que pasaba alrededor suyo, y prodigando regiamente dos ó tres carlinos de cera, echaban el lente á las señoras que coronaban los balcones, las cuales, aparentando arrojar flores en el camino de la procesión, premiaban sus guiños enviándoles una lluvia de ramilletes.

Tampoco se veían alrededor de la cruz y del pendón y envueltos entre las oleadas del pueblo, aquellos frailes de diferentes órdenes y colores, capuchinos, cartujos, dominicos, camandulenses, carmelitas calzados y descalzos; unos gordos, rollizos, panzones y mofletudos con el rostro bermejo y la cabeza enterrada en los hombros, los cuales sin ningún respeto por aquella cruz ni por aquel pendón cuyos pliegues daban sombra á su frente, iban riendo y cantando, como si estuvieran en una jira campestre ó en una feria de aldea, conversando con los circunstantes, sacando de la manga sus tabaqueras de cuerno para ofrecer un polvo á los maridos, dando consejos á las mujeres en cinta, prodigando números de lotería á las que no lo estaban, y mirando á las muchachas estacionadas á las puertas de las tiendas y en las graderías de los palacios de una manera más carnal y mundana de lo que era de esperar de las reglas de su orden; otros, altos y delgados como un varal, demacrados

por el ayuno, pálidos á fuerza de abstinencias, debilitados por las austeridades, que marchaban sin ver por entre aquel humano torrente, fijos los cóncavos ojos en la inmensidad del cielo; espectros animados, fantasmas palpables que hacían de la tierra un infierno en la esperanza de que les sirviera para irse derechos al paraíso; mártires de la fe cuyo único premio á sus dolores claustrales era el temeroso respeto con que el público los miraba en los grandes días de fiesta religiosa.

¡No! entonces no se veían detrás de la cruz y del pendón ni pueblo ni frailes rollizos ó flacos, ascéticos ó mundanos. El pueblo estaba aglomerado en las calles vecinas, en las callejuelas y vicoli próximos á la carrera y dirigía torvas miradas á los soldados republicanos que marchaban lenta y silenciosamente por medio de aquella muchedumbre, cuyos individuos acariciaban el mango de su cuchillo y no esperaban sino el momento de sacarle de la faja ó de la faltriquera para hundirle en el corazón de aquel enemigo victorioso, que se permitía ocupar el puesto de los frailes.

En cuanto á éstos, se hallaban diseminados entre la muchedumbre, excitándola en voz baja al asesinato y á la rebelión. Y entonces, por diferentes que fueran sus hábitos, un mismo pensamiento los

animaba, pensamiento que corría de boca en boca, á la manera de esos relámpagos siniestros que rasgan el lejano horizonte anunciando la próxima tormenta: « ¡Mueran los heréticos! ¡mueran los enemigos del rey y de nuestra santa religión! ¡mueran los profanadores de San Gennaro! ¡mueran los franceses! »

Detrás de la cruz y del pendón—qué llevaban algunos miembros del clero y que sólo escoltaban Pagliucchella y un centenar de lazzaroni que Miguel había conseguido reclutar, los cuales eran objeto de los sarcasmos de sus compañeros y de los anatemas de los frailes,—iban, formando la corte de honor de San Gennaro, las setenta y cinco estatuas de plata de los patronos secundarios de Nápoles.

El busto del bienaventurado y milagroso obispo había sido trasladado á la catedral de Santa Clara durante la noche, y allí esperaba, expuesto en su altar, la veneración de los fieles.

Aquella escolta de santos, cuyos nombres figuraban entre la aristocracia del calendario y del martirologio, inspirando en circunstancias normales profundo respeto, debía estar aquel día sumamente indignada de la irreverencia con que la acogía el populacho y de los apóstrofes que lanzaba.

Como la mayor parte de aquellos santos eran ado-

rados en Francia, se temía que diesen á San Gennaro el consejo de favorecer á los franceses; y los lazzaroni, sabedores por la voz pública de los peccadillos que los bienaventurados habían cometido en vida, se los echaban en cara conforme iban pasando: á San Pedro le reconvenían por su traición, á San Pablo por su idolatría, á San Agustín por sus calaveradas, á Santa Teresa por sus éxtasis, á San Francisco de Borgia por sus principios, á San Cayetano por su indolencia, y así de los demás. Después de todo, aquellos insultos hacían honor al carácter de los santos, porque ellos probaban que entre las virtudes que les abrieran las puertas del paraíso debían figurar en primera línea la humildad y la paciencia.

Cada una de aquellas estatuas—que llevaban en hombros seis mandaderos—iba precedida de seis sacerdotes pertenecientes á las iglesias en que tenían particular veneración, y cada una de ellas provocaba al pasar una verdadera tormenta de vociferaciones y amenazas.

Por fin, después de sufrir aquella granizada de cariñosos apóstrofes; llegaron á la iglesia de Santa Clara, hicieron humildemente la reverencia á San Gennaro y fueron á colocarse delante de él.

Detrás de los santos iba el arzobispo, monseñor

Capece Zurlo, á quien ya hemos visto aparecer en medio de los desórdenes que tuvieron lugar durante los preparativos de defensa, y de cuyo patriotismo empezaba á sospechar el pueblo.

El torrente humano llegó á la iglesia de Santa Clara y se perdió bajo sus bóvedas. Los ciento veinte hombres de Salvato se formaron en fila desde el portal al coro, y el joven brigadier permaneció, sable en mano, á la entrada de la nave.

He aquí el espectáculo que ofrecía la iglesia llena de gente :

Sobre el altar mayor se veían, á uno y otro lado, el busto de San Gennaro y la redoma con la sangre del mártir.

Un canónigo se hallaba de guardia ante el altar : el arzobispo, no teniendo arte ni parte en la consumación del milagro, permanecía sentado bajo su dosel.

Dos tribunas flanqueaban el altar mayor : en la de la izquierda había una porción de músicos con sus correspondientes instrumentos esperando á que el milagro se hiciese para celebrarle con raudales de armonía ; en la de la derecha estaban las viejas que se titulaban parientas de San Gennaro, las cuales, aunque acostumbraban ir allí á interponer su parentesco para activar el milagro, habían ido entonces

con el deliberado propósito de hacer lo posible por impedirle.

En lo alto de las gradas que daban acceso al coro, se extendía una balaustrada de cobre dorado á cuya puerta se hallaba Palmieri sable en mano, según dijimos hace poco.

Delante de la balaustrada, esto es, á derecha é izquierda, se extendía la muchedumbre que llenaba el templo.

De cuando en cuando, el canónigo que estaba ante el altar cogía la redoma y se la daba á besar á los fieles, enseñando á todo el mundo la sangre perfectamente coagulada. Las hileras de devotos se sucedían, retirándose los que ya se hallaban satisfechos para dejar lugar á los que iban llegando. La adoración de la bienaventurada sangre había empezado á las ocho y media de la mañana.

Ordinariamente, el santo emplea un día, dos, ó tres en hacer su milagro, y con frecuencia sucede que los espectadores se quedan con la gana de presenciarle ; pero entonces debía hacerle en dos horas y media.

El pueblo estaba convencido de que el milagro no se realizaría, y los lazzaroni, viendo el escaso número de franceses que había en la catedral, se prometían dar cuenta de ellos si el

prodigio no se efectuaba á las diez y media en punto.

Salvato había dado orden á sus ciento veinte granaderos de que, así que llegase el momento decisivo, retiraran los ramilletes que adornaban los cañones de sus fusiles reemplazándolos por las bayonetas.

Si el milagro no se había hecho á las diez y media y si entonces se dejaban oír algunas amenazas, los ciento veinte granaderos girarían sobre sus talones, unos á la derecha y otros á la izquierda, inclinarían las armas, y, en vez de presentar la espalda á la muchedumbre, le presentarían la punta de sus bayonetas. Y si las amenazas continuaban, harían una terrible descarga á quema ropa á la voz de: « ¡ Fuego ! », y seguirían repiliéndolas hasta quemar los cincuenta cartuchos que tenía cada uno.

Además, durante la noche, se había establecido en el Mercatello una batería cuyos cañones enfilaban la calle de Toledo; otra en la strada dei Studi que dominaba el largo delle Pigne y la strada Foria; por último, dos baterías apoyadas contra el castillo del Huevo y contra la Victoria podían barrer á un momento dado las márgenes de Chiaia y todo el muelle de Santa Lucía.

El Castillo Nuevo y el del Carmine, en los cuales había guarnición francesa, estaban preparados á cualquier acontecimiento; y Nicolino, echado de

bruces sobre los parapetos de San Telmo, tenía su antejo en la mano y acechaba el instante en que habría de hacer una seña á sus artilleros para que diesen principio al fuego que envolvería á Nápoles en una lluvia de balas y de metralla.

Championnet se hallaba en Capodimonte con una reserva de tres mil hombres, á cuya cabeza haría su entrada solemne y pacífica en la capital, ó descendería á paso de ataque y con la bayoneta en ristre, según lo que las circunstancias exigieran.

Sin perjuicio de la oración á San Gennaro, en cuya virtud confiaba Championnet, los franceses habían tomado todas las medidas necesarias para contrarrestar el ataque de los lazzaroni.

Por lo demás, nunca circularon por las calles de Nápoles rumores tan amenazadores, nunca se vió en ellas tan compacta muchedumbre, y nunca fué tan opresora la angustia de los que, asomados á las ventanas y á los balcones, dominaban aquel imponente espectáculo, esperando que se consolidase la paz definitivamente ó que volvieran á empezar las rapiñas, los incendios y los asesinatos.

Á través de aquella muchedumbre marchaban en todos sentidos, excitándola á la rebelión, los agentes de la reina que antes de ahora hemos visto en otras asonadas, esto es, los Pasquale de Simone, los

*beccaio* y aquel terrible sacerdote calabrés, aquel cura Rinaldi que, semejante á la espuma del mar, que no sale á la superficie sino en los días de tormenta, no se presentaba en la superficie de la sociedad sino en los días de insurrección y de matanza.

Aquellos gritos, aquel tumulto, aquellas amenazas cesaban como por encanto á la primera vibración de los relojes que daban la hora. La muchedumbre contaba entonces en silencio las campanadas, pero así que el martillo dejaba de herir el timbre, volvían á reproducirse los murmullos y el vocerío, é iban tomando cuerpo hasta el extremo de semejar el mugido de las alborotadas olas cuando se estrellan contra los cóncavos peñascos.

Al dar las diez, los granaderos de Salvato arrancaron los ramilletes del cañón de sus fusiles y calaron bayoneta, en medio del profundo silencio que, fuera y dentro de la catedral, había hecho el pueblo para escuchar la hora. Aquella maniobra exasperó á los circunstantes.

Hasta entonces, los lazzaroni se habían contentado con enseñar el puño á la tropa; mas cuando vieron á los soldados calar bayoneta, les enseñaron sus cuchillos.

Por su parte, las horribles arpías que se titulaban

parientas de San Gennaro, creyéndose con derecho, en virtud de aquel parentesco, de hablarle con entera libertad, le amenazaban con dirigirle sus más terribles maldiciones si llegaba á hacer el milagro; nunca se habían extendido hacia el santo patrono tantos brazos garrosos y arrugados; nunca habían pronunciado aquellas bocas torcidas por la cólera y por la vejez tan groseras injurias como las que entonces murmuraban al pie del altar. El pobre canónigo que enseñaba la sagrada redoma estaba aturdido, medio loco, y deseando que le llegase el relevo, el cual se efectuaba de media en media hora.

De pronto, aumentaron en la calle los gritos y las amenazas. Aquel nuevo tumulto era ocasionado por un pelotón de veinticinco húsares que avanzaban con la carabina sobre el muslo por el espacio comprendido entre la doble hilera de soldados franceses que se extendía desde el palacio arzobispal á la iglesia de Santa Clara. Aquel pelotón, á cuya cabeza iba el edecán Villeneuve, se internó tranquilo é impassible en una de las callejuelas que costean la catedral y se detuvo á la puerta exterior de la sacristía.

Entonces dieron las diez y hubo uno de esos momentos de silencio, de que ya hemos hecho mención.

Villeneuve se apeó del caballo.

— Amigos míos, dijo á los húsares, si á las diez y treinta y cinco minutos no me veis salir, y si el milagro no se ha realizado, entrad en la sacristía sin hacer caso de prohibiciones ni de amenazas, ni mucho menos de la resistencia que podáis hallar.

Los húsares respondieron á una voz : « ¡Id tranquilo, mi comandante ! »

Villeneuve penetró en la sacristía, en la cual se hallaban reunidos todos los canónigos, excepto el que enseñaba la redoma, animándose mutuamente á no permitir que se operase el milagro.

Al ver entrar á Villeneuve hicieron un movimiento de asombro; pero los tranquilizó la fisonomía dulce y melancólica del joven oficial, y más que nada, la benévola sonrisa que animaba su rostro. Ya se preparaban á pedirle cuenta de su atrevimiento, cuando el ayudante avanzó hacia ellos diciéndoles:

— Mis queridos hermanos, vengo de parte del general.

— ¿Á qué? preguntó el deán con acento resuelto.

— ¡ Á presenciar el milagro! respondió Villeneuve.

Los canónigos movieron la cabeza.

— ¡ Ah! ¿ teméis que el milagro no se realice? añadió el ayudante.

— No os ocultaremos que San Gennaro se halla muy poco dispuesto á hacerle.

— Pues bien, yo vengo á deciros una cosa que tal vez cambiará sus disposiciones.

— ¡ Mucho lo dudamos! respondieron en coro los canónigos.

Entonces Villeneuve, siempre con la sonrisa en los labios, se aproximó á una mesa, y mientras que con la mano izquierda sacaba del bolsillo cinco rollos de á cien luises de oro cada uno, con la derecha descolgaba del cinto un par de pistolas; luego, poniendo su reloj entre los rollos y aquellos dos argumentos contundentes, les dijo :

— Aquí están quinientos luises destinados al *honorable* capítulo de San Gennaro, si el milagro queda hecho á las diez y media en punto. Son las diez y catorce; todavía queda un plazo de diez y seis minutos.

— ¿ Y si el milagro no se hace?... preguntó el deán en tono semiprovocativo.

— ¡ Oh! entonces, la cosa varía de aspecto, respondió tranquilamente el oficial, dejando de sonreír. Si al sonar la campanada de las diez y media no queda hecho el milagro, os mando fusilar desde el primero hasta el último.

Los canónigos se levantaron para echar á



correr; pero Villeneuve, cogiendo una pistola en cada mano :

— Que nadie se mueva, les dijo, á excepción del que va á salir de la sacristía para hacer el milagro.

— ¡Yo mismo voy á hacerle! respondió el deán.

— ¡Pero á las diez y media en punto! repuso Villeneuve; ¡ni un minuto antes, ni un minuto después!

El canónigo hizo un signo de obediencia y salió de la sacristía inclinándose hasta el suelo.

Eran las diez y veinte minutos.

Villeneuve dirigió una mirada al reloj.

— Todavía os quedan diez minutos, les dijo.

Y sin separar los ojos de la esfera, continuó con su terrible calma :

— ¡Á San Gennaro no le quedan más que cinco minutos! ¡ya no le quedan más que tres! ¡ya no le quedan más que dos!

El tumulto que había en la calle y en el templo siempre creciente, y semejante al rugido del mar embravecido, llegó á todo su apogeo cuando se oyó el retintín precursor de la campanada.

Luego le sucedió un silencio de muerte.

La vibración del timbre resonó en medio de aquel silencio, é inmediatamente después se dejó oír la voz robusta y sonora del canónigo, el cual,

elevando en sus manos la redoma, gritaba en el momento en que volvían á empezar las amenazas :

— ¡Se ha hecho el milagro!

Entonces gritos, rumores y amenazas cesaron como por encanto, y todo el mundo inclinó la frente murmurando :

« ¡Gloria á San Gennaro! » mientras que Miguel, lanzándose fuera del templo, gritaba desde lo alto de la gradería agitando su bandera :

— ¡ *Il miracolo é fatto!*

La muchedumbre que llenaba la calle se hincó de rodillas.

Acto continuo, todas las campanas de Nápoles voltearon en inmenso repique, como si fueran movidas por un mismo resorte.

La oración de Championnet había tenido completo éxito, y los resultados justificaban la confianza del general; según él había previsto, San Gennaro no pudo menos de acogerla de un modo favorable.

Una alegre salva de artillería, partiendo á la vez de los cuatro castillos, anunció á Nápoles y á los pueblos de los alrededores que San Gennaro acababa de *pronunciarse* en favor de los franceses.

FIN DEL TOMO QUINTO.